

TRADUCCIÓN

Homenaje de Ernest Pépin

Mariella Aita

Universidad Simón Bolívar
oaita@usb.ve

André Schwarz-Bart no será nunca una estrella muerta. Le insufló tanta vida a su escritura, a sus amistades, a su historia y a la de la Guadalupe que su soplo nos embargará una y otra vez ¿Cómo describir a este hombre discreto y que sin embargo irradiaba una paz interior hecha de lucidez, de humor y de amor hacia todos? ¿Cómo explicar ese desapego aparente cuando estaba tan *unido* a las cosas de la vida? ¿Cómo explicar que bajo su frente de sabio vivía un pájaro filósofo cuyo canto despertaba en su auditor una conciencia muy elevada y un deber de generosidad?

El haber sopesado el sufrimiento del mundo, particularmente el de los judíos, pero también el de los africanos y el de los antillanos, lo había hecho permeable o lo absurdo de los dogmas sin alejarlo de una suerte de *fe* en la existencia.

Había en él otra cosa: un aferrarse a la historia como tema mismo de nuestras errancias, de nuestras búsquedas imposibles, de nuestro deseo natural de creer en infructuosas certitudes. Así va la humanidad, reemplazando como olas incesantes las utopías funestas por funestas utopías. Las guerras entre humanos tienen esto de particular: no se terminan jamás. Ellas se ponen otros uniformes, proclaman otros gritos de adhesión, enarbolan otras banderas que maquillan siempre en un baile de ideales. Esto André Schwarz-Bart lo sabía, pero no era hombre

de tronar, ni de pregonar; él lo murmuraba con una voz suave como un joyero que pesa oro en polvo. Una voz que atraviesa toda su obra como una estela luminosa contrastando entre la sombra y lo trágico para dar a luz la posibilidad de una esperanza.

El último de los justos, considerada con razón el monumento que él lega a la humanidad sufrida, es el testimonio del carácter total de su visión. Epopeya del corazón engrandecido del mundo; especulación pascaliana donde lo infinitamente pequeño va lado a lado de la inmensidad; tragedia de los judíos; denuncia de los verdugos, oda espiritual, esta novela de mil años parece un cuento pero, en este caso, la ficción es hija de la historia.

Todo parecía estar hecho de una sola pieza, dicho con esa fuerza de la escritura que hace de las palabras, de las expresiones, servidoras de una poética incisiva y límpida y de una memoria fulgurante.

A él le faltaría aún sondear y magnificar junto a Simone, su esposa, las derrotas y los fastos de la identidad antillana. Primero: *Un plato de cochino con plátanos verdes*; luego, *La mulata Soledad*. Dos novelas que, poco comunes para la época, creaban la leyenda literaria de nuestros siglos: siempre esta *herida sagrada* como la denominó Aimé Césaire, pero sin la raíz única de la negritud. Dándole la espalda al grito de la cala, André y Simone Schwarz Bart hicieron salir el sol de una creolidad que aún no tenía nombre. Sin embargo, Simone iba a ir sola – pero ¿cómo estar sola junto a André? – para coronar la innovación en la suntuosa *Lluvia y viento sobre Télumée Milagro*: un alma colectiva se enunciaba reivindicando su nobleza a través de una lengua calmada pero que sonaba justa. André Schwarz-Bart aparecía en las veladas con la bondad de un justo y el brillo de un tótem. Cultivaba otros sueños en las

bibliotecas. Mantenía ese salón literario natural que le servía de morada. Aconsejaba. Irradiaba. Que se me permita pensar que fue también un gran guadalupense, sensible a nuestras convulsiones, a nuestras dudas y a veces sorprendido por nuestras rigideces. De su palabra de río calmo salían pepitas de amor y de humor. Esto es lo que me place dejar en el recuerdo: más allá de su delicadeza de amante respetuoso de la Guadalupe, este amor inmenso que hacía mejor el vivir.

Los libros nos quedan, estrellas vivas, pero no alcanzarán nunca esa densidad de existencia que hacía de André Schwarz-Bart un orfebre de soles interiores.

Aprenderemos a vivir de ahora en adelante con su otra cara del último de los justos.

Semblanza de André Schwarz-Bart¹

André Schwarz-Bart nació en Metz, Francia, en 1928 y falleció el 30 de septiembre del 2006 en Pointe-à-Pitre, Guadalupe. Escritor francés nacido en el seno de una familia judía de origen polaco que había llegado a Francia cuatro años antes del nacimiento de André. Sus padres y dos de sus hermanos fueron detenidos a finales de 1942 y desaparecieron luego de haber sido deportados. Pasó los últimos años de la guerra en la Resistencia; después aprendió el oficio de ajustador en una escuela profesional de Sillac y comenzó a escribir como autodidacta. Luego de cuatro años de trabajo y de realizar cinco versiones, publica *El último de los justos* en 1959, una transposición literaria de la Shoah vista a través del destino de una familia judía desde la primera cruzada hasta Auschwitz. La novela recibe el premio Goncourt el mismo año de su publicación y él se convierte en una celebridad con sólo 31 años. Su infancia había transcurrido en el barrio de Pontifroy en Metz, donde sólo se hablaba *yiddish*. Porque nada lo había

destinado a la carrera de las Letras solía decir: “Soy un escritor por casualidad”.

André Schwarz-Bart vivió en Guadalupe junto a su esposa Simone, a quien conoció en París en 1956 y le transmitiera el gusto de la escritura. Desarrolló un gran sentido de la observación y la reflexión sobre la sociedad insular en la que vivió. En 2005, en una de sus últimas intervenciones públicas, fue uno de los veinticinco firmantes de una carta dirigida a los “Presidentes de las asambleas locales” y a los Consejos general y regional. Ellos afirmaban que “hay en nuestro país un viento extraño, hecho de xenofobia, de rechazo del extranjero, de petición de cuentas sumaria y a menudo mentirosa, un odio que viene desde hace varios meses con quejas, deseos de expulsiones y añoranza de *pogroms* y que se repite sin descanso. Hoy el haitiano. ¿Quién mañana?” El texto agregaba: “La historia que nos ha conducido hasta aquí, dolorosa, asesina, nos pone al abrigo de cometer, a su vez, la injusticia y de destilar el odio”.

Justo antes de su muerte fue condecorado por el gobierno francés como Caballero de la Orden de las Artes y las Letras. El ministro de Cultura francés, Renaud Donnedieu de Vabres le rindió homenaje destacando “la poesía luminosa” y el “mensaje humanista” de su obra. “Con André Schwarz-Bart desaparece un gran escritor, un muy gran servidor de la lengua y la cultura francesas, un espíritu universal, un explorador del diálogo de las culturas y las civilizaciones”. Concluye así un comunicado del ministro de Cultura francés.

Nota

¹ Breve recopilación tomada de los obituarios de la prensa francesa.